

Altitud

Juan Carlos Gutiérrez Medina

Ingeniero, juangutime@gmail.com

Vladimir se miró en el reflejo de la puerta que cerraba la entrada al control de aduanas. Los labios se le hundieron en la boca. Lloró, aunque sus lágrimas parecían atrancadas en alguna parte de su historia. Amanda se había escapado durante la escala en el aeropuerto de Newark para empezar otra vida. Ella volvió la cara rápidamente para verlo por un ventanal antes de perderse entre la muchedumbre.

Durante más de dos años Amanda y Vladimir habían tratado de esconder su romance ante los compañeros del departamento de ciencias. También habían comprado la confianza y el silencio de otros confesándoles que criaban un amor incontenible. Finalmente, el secreto se había filtrado tan fácil entre unos y otros que los engañados acabaron siendo los dos amantes. Tampoco hubo tanto drama social, lo normal; gente maldiciendo o riendo, resignados o espectadores aprovechando el relato de unas vidas distintas a las propias.

Viajaron juntos a un congreso de física en Montreal, donde pasaron cinco noches para olvidar. Las excentricidades por las que Amanda había justificado su embeleco por él devinieron de repente en caprichos: sus adoraciones a la Unión Soviética, la falsa fobia al azúcar y las caminatas con el espíritu desordenado del intelectual rebelde. Sí, esa rebeldía ya más parecida a obediencia.

Amanda concibió ese viaje como un escape y el combustible almacenado durante toda esa telenovela se terminó de quemar en el helado Quebec. La faena de disculpas, el sexo insípido y los sueños de ella descifrados por él como frustraciones deshicieron cualquier remordimiento de abandonarlo en ese aeropuerto ruidoso. “Debí haber desertado

a la ida y no a la venida”, pensó Amanda. Pero necesitaba los honorarios por aquel trabajo de intérprete en el congreso y los elogios de los científicos belgas y franceses expertos en partículas subatómicas.

—Mi carrera en Colombia es un desperdicio — confesó cuando el avión ya descendía—, no quiero envejecer como una intérprete mediocre ni estorbando en los planes de un cómodo.

—¿Por qué salís con eso ahora, sss? —preguntó Vladimir, y ella lo chuzó con la mirada, también descubrió el odio a esos resoplidos.

El oriente estaba despejado y al fondo crecían las sombras de Manhattan. Hacia el sur, los rayos de una tormenta se descargaban sobre el océano. Amanda se distrajo con unas nubes violetas, deseaba comentar las sensaciones o templar algunos versos. Pero recordó las negativas ordinarias de Vladimir: “No, esas nubes son grises” o “¿por qué tenés que pensar en las gaviotas invisibles cuando estamos a cinco mil metros de altitud?”.

Aunque Vladimir había prometido divulgar sus artículos literarios, traducciones y poemarios a los amigos de la universidad, ayudarle con contactos en la comunidad intelectual, Amanda se había convencido de vivir un futuro lejos y sin nadie parecido a un profesor reseñado por sus alumnos como un adobe. Y la saciedad se fue hinchando mientras él roncaba en los vuelos; tres llegando al Canadá y uno desde Montreal hasta Newark.

—Hasta acá llegamos, mis primas me están esperando a la salida del aeropuerto— le zampó Amanda y volvió a esconderse en el espectáculo de la tormenta. Ella se preguntó si los rayos eran

riesgosos para los aviones y la serenó el brillo del Hudson.

—¿Cómo así? —replicó Vladimir.

—Así: Camilo por ahora va a vivir con su papá, yo me lo traigo como sea en abril del año entrante —le explicó Amanda tronando los dedos, hablaba de su hijo—. Mis primas me van a emplear en el restaurante mientras me acomodo, no seré la primera en todo caso.

—¡Pero vos no podés hacer eso! —le reclamó él.

—¿Cómo no?, acá está la visa —dijo y mostró una hoja del pasaporte.

El avión descendía y giraba. Amanda volvió a ver las islas y creyó reconocer la geografía aprendida en su viejo atlas. Sollozaba. Vladimir olvidó igualar la presión en sus oídos y confundió ese mareo con la sorpresa. Cuando la azafata se paseó por la cabina, él dejó la lengua afuera para dramatizar la sed y le ofrecieron una botellita de whisky. Cotejó en silencio compromisos que pudieran disuadirla: ¿Dejaría a Silvia?, esa era una promesa falsa, siempre se rehusó a dejar a su esposa. Además, Amanda nunca quiso negociar nada parecido. ¿Le prestaría más atención?, ¿más apoyo a sus poemarios, a sus traducciones? Esos eran paternalismos, ella hubiera esquivado fácil ese lance. ¿Más pasión? Amanda consideraba la pasión una palabra de emergencia, o algo así, lo habían discutido.

—¿Y qué voy a decir en la facultad? —preguntó, Vladimir.

—Yo no soy empleada de la facultad, no digás nada. Entregale esto al decano, por favor —aclaró mientras le pasaba un sobre sin sellar y bostezó. Eran los músculos de la cara adaptándose a la presión—. Dale mi agradecimiento por las visas.

Vladimir tragó el whisky, evitaba llorar con un truco de adolescente: estirar el labio superior con la lengua, mirarse el bigote y mover la manzana de Adán. Se deslizó hacia la silla que los separaba del pasillo, estaba vacía. Sus piernas vibraban y una gotera de sudor parecía rajarle la sien. Amanda puso el sobre en el asiento que quedaba entre ambos y bajó el descansabrazo. Vladimir se paró cuando una campana y la señal luminosa pidieron sentarse y atarse el cinturón de seguridad porque se aproximaban unas turbulencias. Ocultó el

desconcierto mirando el pasillo monótono. Apagó la luz individual porque le fastidiaba y apuntó el chorro de ventilación hacia la cara. Sentía como si sus pulmones acumularan metano.

—¿Estás hablando en serio?, parecías satisfecha con el viaje —cuestionó Vladimir sin hablar rudo y, a pesar de odiar el tabaco, pensó salir corriendo hacia la cabina de fumadores.

—Eran dichas finitas, todos las tenemos, hasta vos. Deberías envejecer y dedicarte a Silvia —propuso Amanda mientras se sujetaba la nariz para liberar los tímpanos.

—Pero estabas dispuesta a ser la amante, lo hablamos mil veces “Podés conservar a tu familia y tu otra vida” dijiste —reclamó él casi imitándola. Había medio metro de distancia entre ambos y ya creía extrañarla.

—Exacto— asintió Amanda y pensó en el símil acertado para lo exacto: “como perforar el lóbulo de la oreja de un paciente en coma”, pero calló.

Ya la tormenta estaba en la cola de la nave y Amanda vio la sombra del avión que atravesaba una cantera amplia y profunda.

—¿Pero no podías avisarme desde antes?, yo te hubiera ayudado, lo hubiéramos planeado juntos, tengo colegas en Boston y podría arreglar viajes pagados por la facultad —le dijo Vladimir, ya en retirada—, deberías ser menos radical.

—¿Y me hubieras creído?, si mis poemas te parecían arranques jipis: “los dramas verdaderos los vive el proletariado” decías— reclamó Amanda. Ella sabía que ese parafraseo bullía cada semana, pero estaba a la mano.

El avión se sacudió. La botella de whisky vacía rodó bajo las sillas. Amanda se haló un crespo, mojó el susto con lágrimas hasta cuando la fricción de la pista la tranquilizó. Estaba ilusionada, había vencido.

Vladimir se imaginó su vejez al lado de Silvia, una mujer sin improvisaciones. La vida lo había preparado todo para que fueran compañía. En cambio, Amanda. Amanda se estrechaba cuando la mordía en la clavícula o cuando lamía su oreja. Y al revés. Jugaba durante las discusiones y él disfrutaba de esas asfixias buscadas que, supuestamente, no dejaban huella.

Una lluvia tímida atacaba la pista. Vladimir se paró a pesar de las advertencias inentendibles y Amanda lo agarró del brazo. El avión debía transitar durante unos minutos. Los pasajeros saltaron de las sillas después del frenazo y Vladimir se apuró a sacar las dos maletas del gabinete de encima de su cabeza. Días antes, en su salida de Medellín, él se enorgulleció por haber podido empacar todo lo preciso en una maleta de mano. Pero comparó el volumen limitado de la otra maleta donde Amanda cargaba su vida y se sintió mortal, terriblemente mortal.

—En la maleta que dejamos a tu nombre en la bodega están los regalos para Camilo y para mi mamá, llévasela, ella sabe toda la historia. Te identificás —explicó Amanda—. En este sobre están escritos el teléfono de ella, la dirección. ¡Ah!, y tu manuscrito traducido.

Las palabras le salieron como las cuentas de un collar, por eso no tallaban como las órdenes. Vladimir temblaba y a ella le provocó abrazarlo, pero se abstuvo y se adelantó con su maleta colgada al hombro.

Vladimir dijo casi fuerte: —¡No te quedés, negra, por favor, no te quedés!

Ella se desplazó rápidamente para evitarlo. Cuando alcanzaron el salón del terminal, ella se desprendió de la recua de pasajeros y cuando consideró que la distancia era suficiente, volteó y guardó la última imagen de ese cuerpo.

—¡Amanda, es la puerta 16, terminal C y es hacia allá, volvete seria, ¡por favor! —gritó Vladimir con una voz inventada. Lamentó que la última vez no la besó como si se envenenaran sino que la besó con el placebo de la rutina. 🗑️

